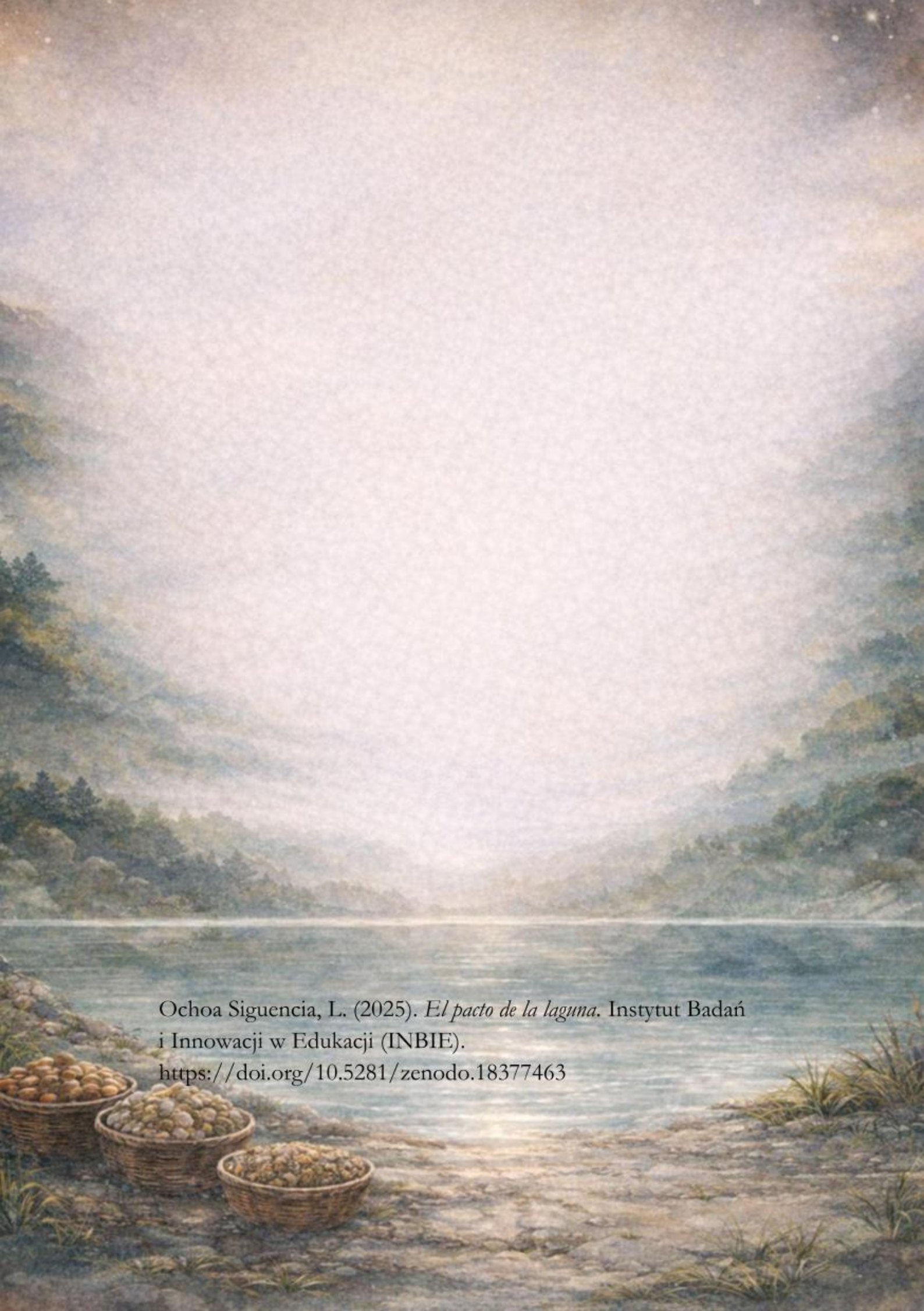


# El pacto *de la* *laguna*



Luis Ochoa Sigüencia





Ochoa Siguencia, L. (2025). *El pacto de la laguna*. Instytut Badań i Innowacji w Edukacji (INBIE).

<https://doi.org/10.5281/zenodo.18377463>



# EL PACTO DE LA LAGUNA

*Luis Ochoa Siguencia*



Instytut Badań i  
Innowacji w Edukacji



## ***EL PACTO DE LA LAGUNA***

Copyright © 2026, Luis Ochoa Siguencia

Copyright © 2026, Instytut Badań i Innowacji w Edukacji  
(INBIE)

Proyecto de portada y acuarelas: Renata Ochoa-Dąderska

DOI: <https://doi.org/10.5281/zenodo.18377463>

### **Publicado por:**

Instytut Badań i Innowacji w Edukacji (INBIE)

### **Licencia:**

Distribuido bajo la licencia Creative Commons BY-NC-SA  
(Atribución – No Comercial – Compartir Igual).

Se permite la traducción y adaptación de la obra siempre que se cite al autor, no se haga con fines comerciales y las versiones resultantes se distribuyan bajo la misma licencia.

*Obra de ficción literaria inspirada en las cosmovisiones andinas. No pretende una reconstrucción histórica literal.*

Impreso en: Częstochowa, Polonia

Año de publicación: 2026



The background of the page is a soft, painterly landscape. It depicts a wide river or lake winding through a valley. The far banks are covered in dense, green trees and foliage, shrouded in a light mist or fog. The sky is a pale, hazy blue with a few wispy clouds. In the lower-left foreground, three woven baskets are placed on a rocky, uneven shore. The largest basket is filled with round, golden-brown fruits, possibly apples. The two smaller baskets next to it contain smaller, round objects, likely stones or small fruits. The overall mood is peaceful and contemplative.

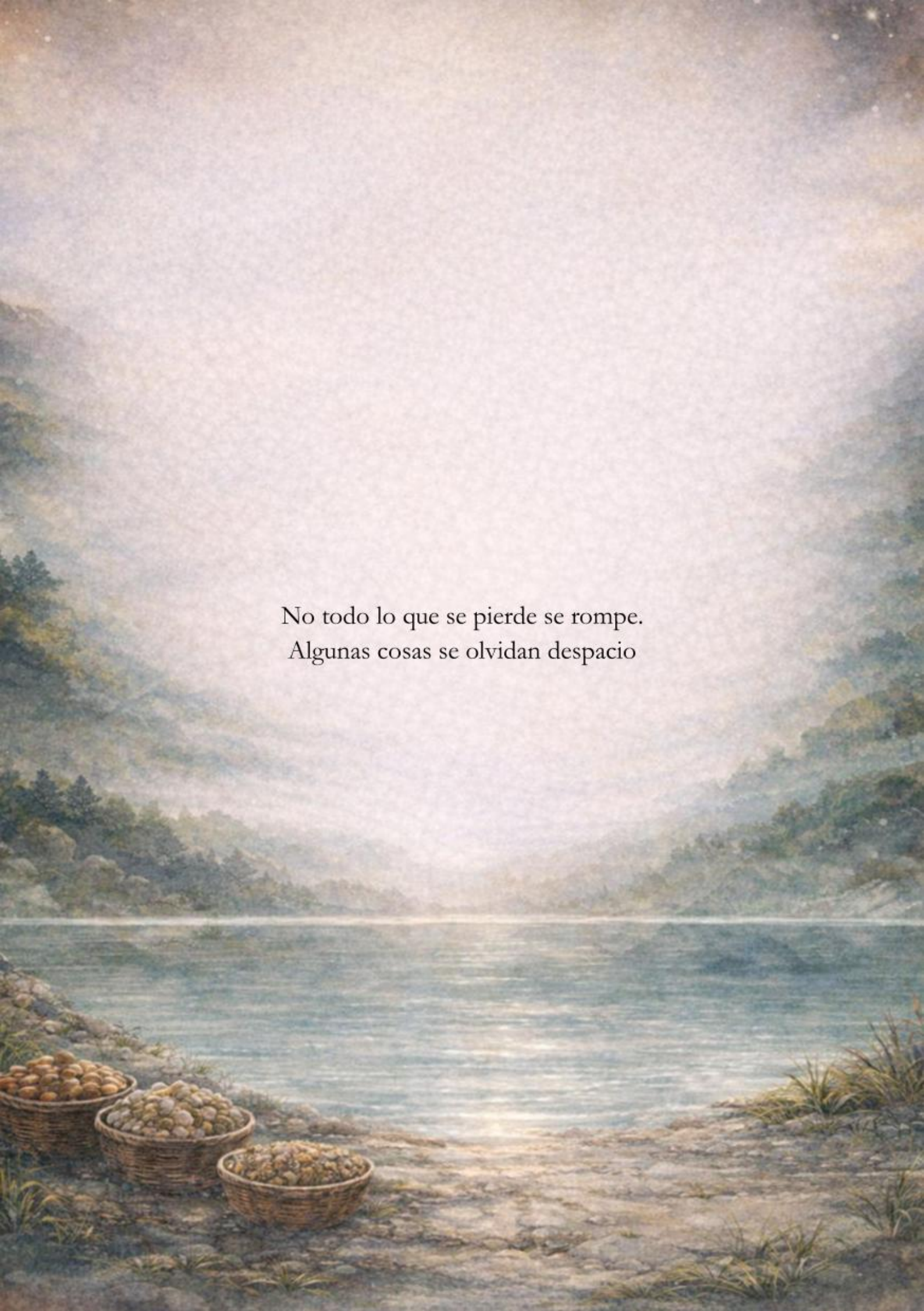
## DEDICATORIA

A quienes me acogieron  
sin preguntar de dónde venía.

A quienes abrieron su hogar  
cuando yo aún no sabía  
cómo volver a casa.

A quienes supieron cuidar  
sin pedir nada a cambio.



A misty landscape painting. In the foreground, three woven baskets filled with fruit (possibly apples or pears) sit on a rocky shore. The middle ground features a calm lake reflecting the soft light. The background is dominated by steep, forested mountains shrouded in a thick, ethereal mist. The overall color palette is soft and muted, with pastel tones of blue, green, and pink, creating a dreamlike atmosphere.

No todo lo que se pierde se rompe.  
Algunas cosas se olvidan despacio



## Nota del autor

Esta historia no nació de la invención, sino de la escucha.

En los pueblos donde la memoria camina más despacio que el tiempo, los relatos no sirven para explicar el mundo, sino para recordarlo. No hablan del pasado: advierten. No dan respuestas: sostienen preguntas.

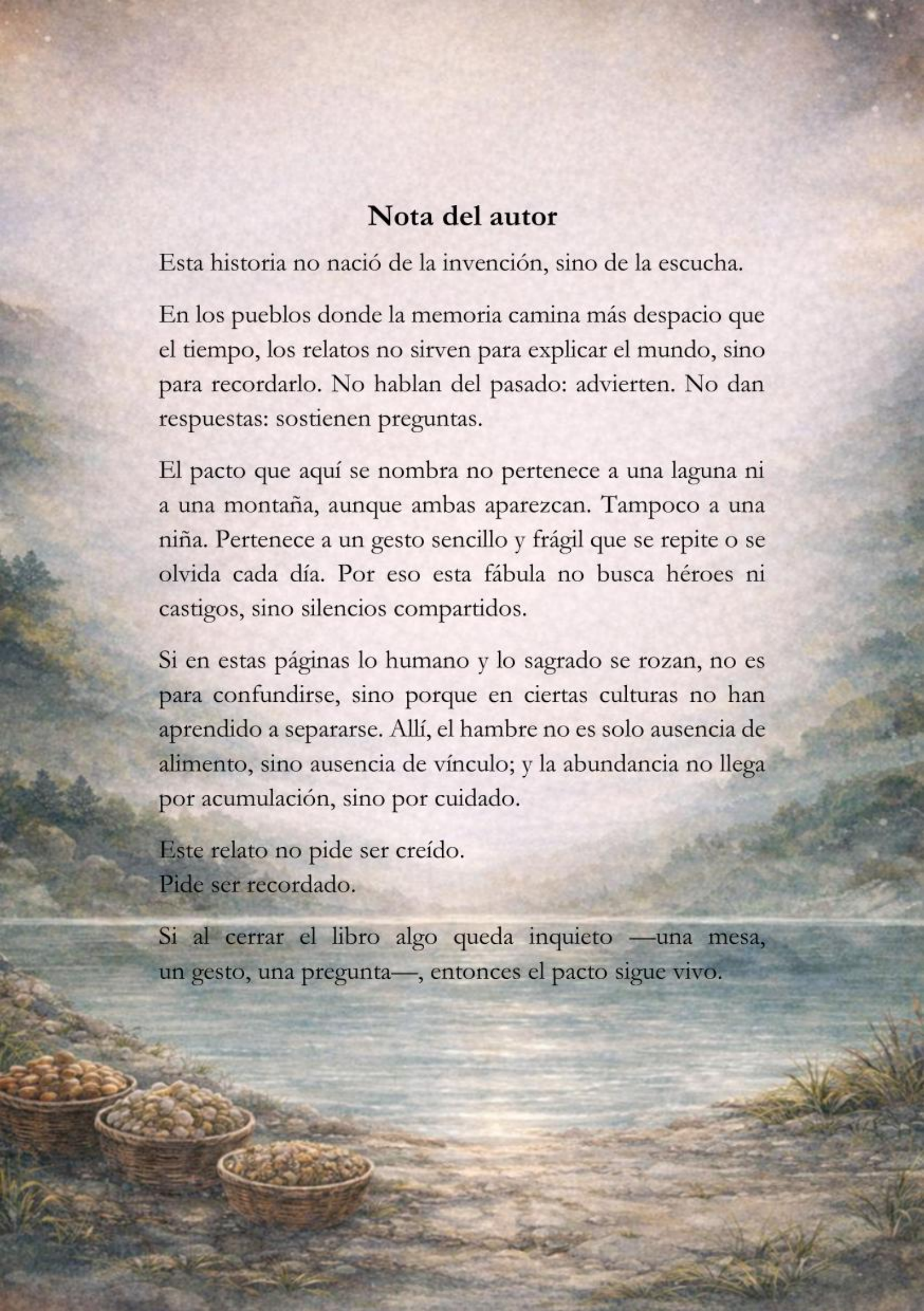
El pacto que aquí se nombra no pertenece a una laguna ni a una montaña, aunque ambas aparezcan. Tampoco a una niña. Pertenece a un gesto sencillo y frágil que se repite o se olvida cada día. Por eso esta fábula no busca héroes ni castigos, sino silencios compartidos.

Si en estas páginas lo humano y lo sagrado se rozan, no es para confundirse, sino porque en ciertas culturas no han aprendido a separarse. Allí, el hambre no es solo ausencia de alimento, sino ausencia de vínculo; y la abundancia no llega por acumulación, sino por cuidado.

Este relato no pide ser creído.

Pide ser recordado.

Si al cerrar el libro algo queda inquieto —una mesa, un gesto, una pregunta—, entonces el pacto sigue vivo.









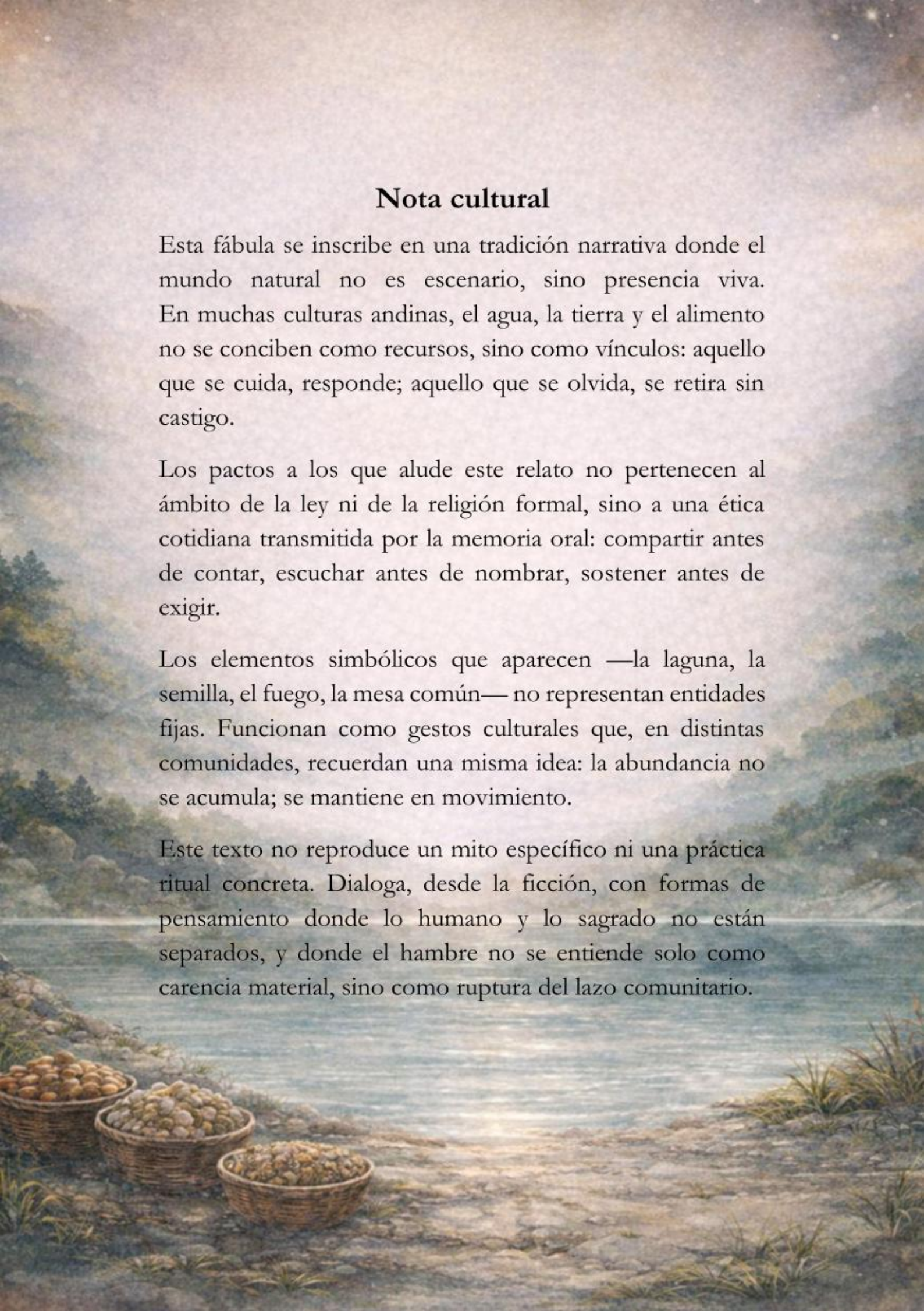
## Nota cultural

Esta fábula se inscribe en una tradición narrativa donde el mundo natural no es escenario, sino presencia viva. En muchas culturas andinas, el agua, la tierra y el alimento no se conciben como recursos, sino como vínculos: aquello que se cuida, responde; aquello que se olvida, se retira sin castigo.

Los pactos a los que alude este relato no pertenecen al ámbito de la ley ni de la religión formal, sino a una ética cotidiana transmitida por la memoria oral: compartir antes de contar, escuchar antes de nombrar, sostener antes de exigir.

Los elementos simbólicos que aparecen —la laguna, la semilla, el fuego, la mesa común— no representan entidades fijas. Funcionan como gestos culturales que, en distintas comunidades, recuerdan una misma idea: la abundancia no se acumula; se mantiene en movimiento.

Este texto no reproduce un mito específico ni una práctica ritual concreta. Dialoga, desde la ficción, con formas de pensamiento donde lo humano y lo sagrado no están separados, y donde el hambre no se entiende solo como carencia material, sino como ruptura del lazo comunitario.









## El nacimiento del pacto

No fue un día.

Fue una noche que no quedó registrada en ninguna cuenta del tiempo, cuando la neblina descendió antes que el frío y la laguna de Culebrillas respiró como respiran los seres antiguos: sin apuro, sin testigos.

Dicen los abuelos —los que no escribían, los que sabían escuchar— que esa noche algo se movió bajo el agua. No como cuerpo, no como animal, sino como recuerdo. Y que no todos los recuerdos despiertan para proteger.

El cielo tampoco estaba quieto.

Una sola pluma cayó desde lo alto y nadie supo de qué ave, porque no había ave visible. Cayó donde debía caer. O donde fue dejada caer.

La niña nació cuando la luna aún no había decidido su forma.

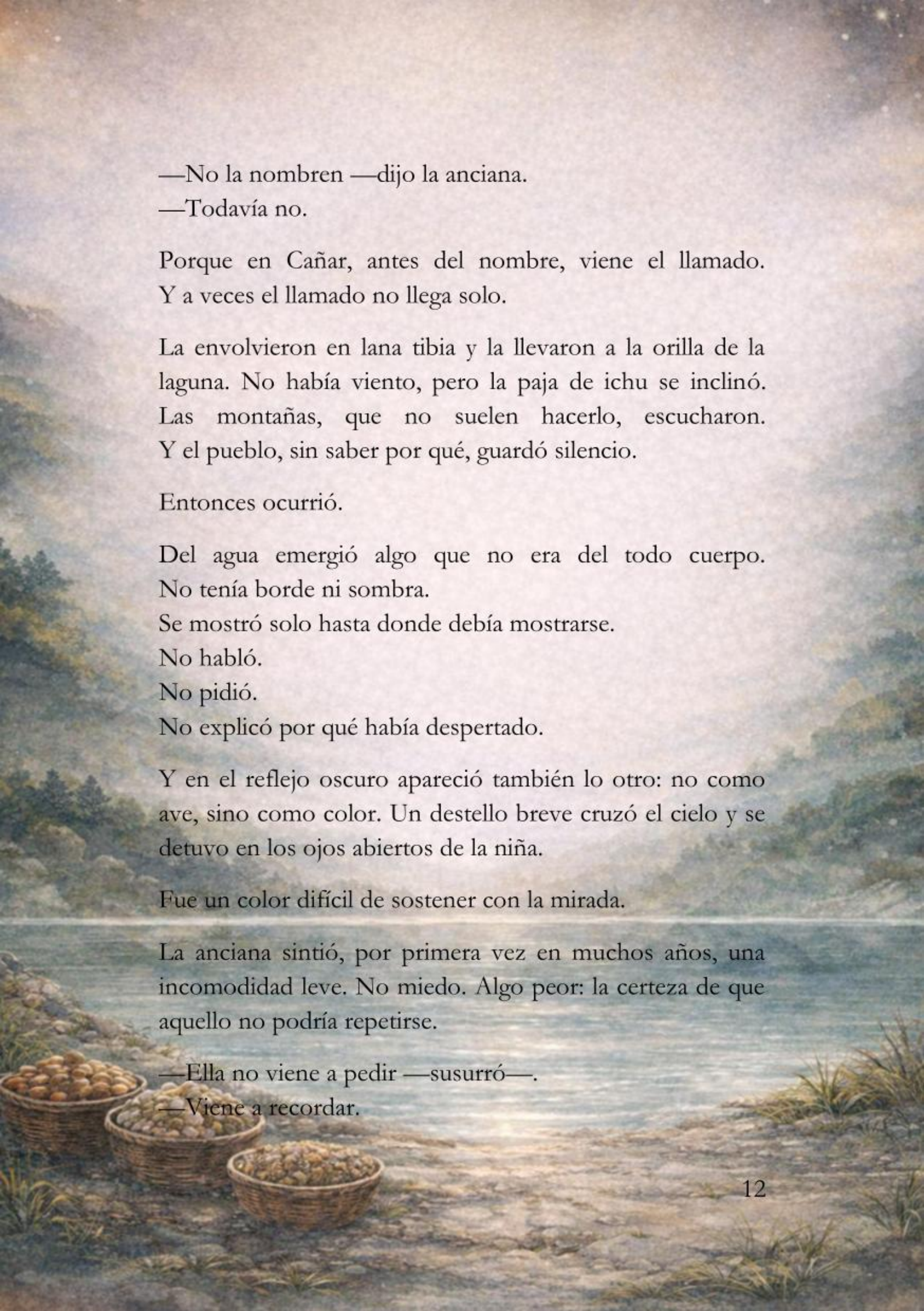
No lloró.

Abrió los ojos.

La partera sintió que el cuenco de agua temblaba entre sus manos. El agua, que hasta entonces había sido obediente, trazó círculos lentos, como si alguien hubiera pronunciado un nombre que todavía no podía decirse.

O como si el nombre hubiera sido escuchado antes.



A misty landscape with a lake, mountains, and baskets of fruit in the foreground. The scene is atmospheric, with soft light and a sense of quiet solitude. In the foreground, three woven baskets filled with small, round fruits, possibly apples or pears, sit on a rocky shore. The lake reflects the misty sky, and the mountains in the background are shrouded in a light haze.

—No la nombren —dijo la anciana.

—Todavía no.

Porque en Cañar, antes del nombre, viene el llamado.  
Y a veces el llamado no llega solo.

La envolvieron en lana tibia y la llevaron a la orilla de la laguna. No había viento, pero la paja de ichu se inclinó. Las montañas, que no suelen hacerlo, escucharon. Y el pueblo, sin saber por qué, guardó silencio.

Entonces ocurrió.

Del agua emergió algo que no era del todo cuerpo.  
No tenía borde ni sombra.

Se mostró solo hasta donde debía mostrarse.

No habló.

No pidió.

No explicó por qué había despertado.

Y en el reflejo oscuro apareció también lo otro: no como ave, sino como color. Un destello breve cruzó el cielo y se detuvo en los ojos abiertos de la niña.

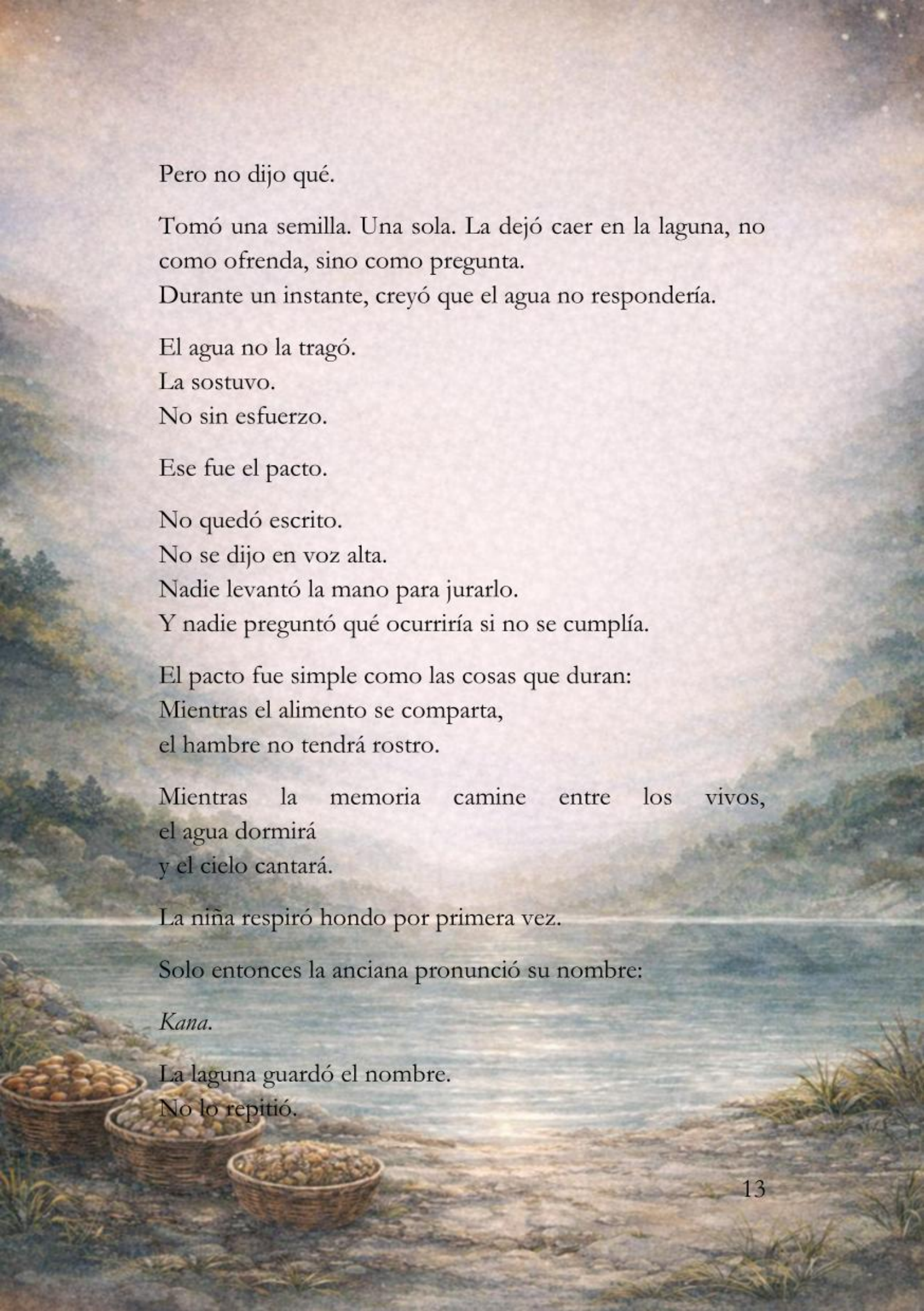
Fue un color difícil de sostener con la mirada.

La anciana sintió, por primera vez en muchos años, una incomodidad leve. No miedo. Algo peor: la certeza de que aquello no podría repetirse.

—Ella no viene a pedir —susurró—.

—Viene a recordar.



A misty landscape painting of a lake. In the foreground, three woven baskets filled with golden-brown fruit, possibly apples or pears, sit on a rocky shore. The lake is calm, reflecting the soft, hazy light of the sky. The background shows rolling hills and mountains shrouded in mist, with a few small lights visible in the distance. The overall mood is serene and ethereal.

Pero no dijo qué.

Tomó una semilla. Una sola. La dejó caer en la laguna, no como ofrenda, sino como pregunta.

Durante un instante, creyó que el agua no respondería.

El agua no la tragó.

La sostuvo.

No sin esfuerzo.

Ese fue el pacto.

No quedó escrito.

No se dijo en voz alta.

Nadie levantó la mano para jurarlo.

Y nadie preguntó qué ocurriría si no se cumplía.

El pacto fue simple como las cosas que duran:

Mientras el alimento se comparta,  
el hambre no tendrá rostro.

Mientras la memoria camine entre los vivos,  
el agua dormirá  
y el cielo cantará.

La niña respiró hondo por primera vez.

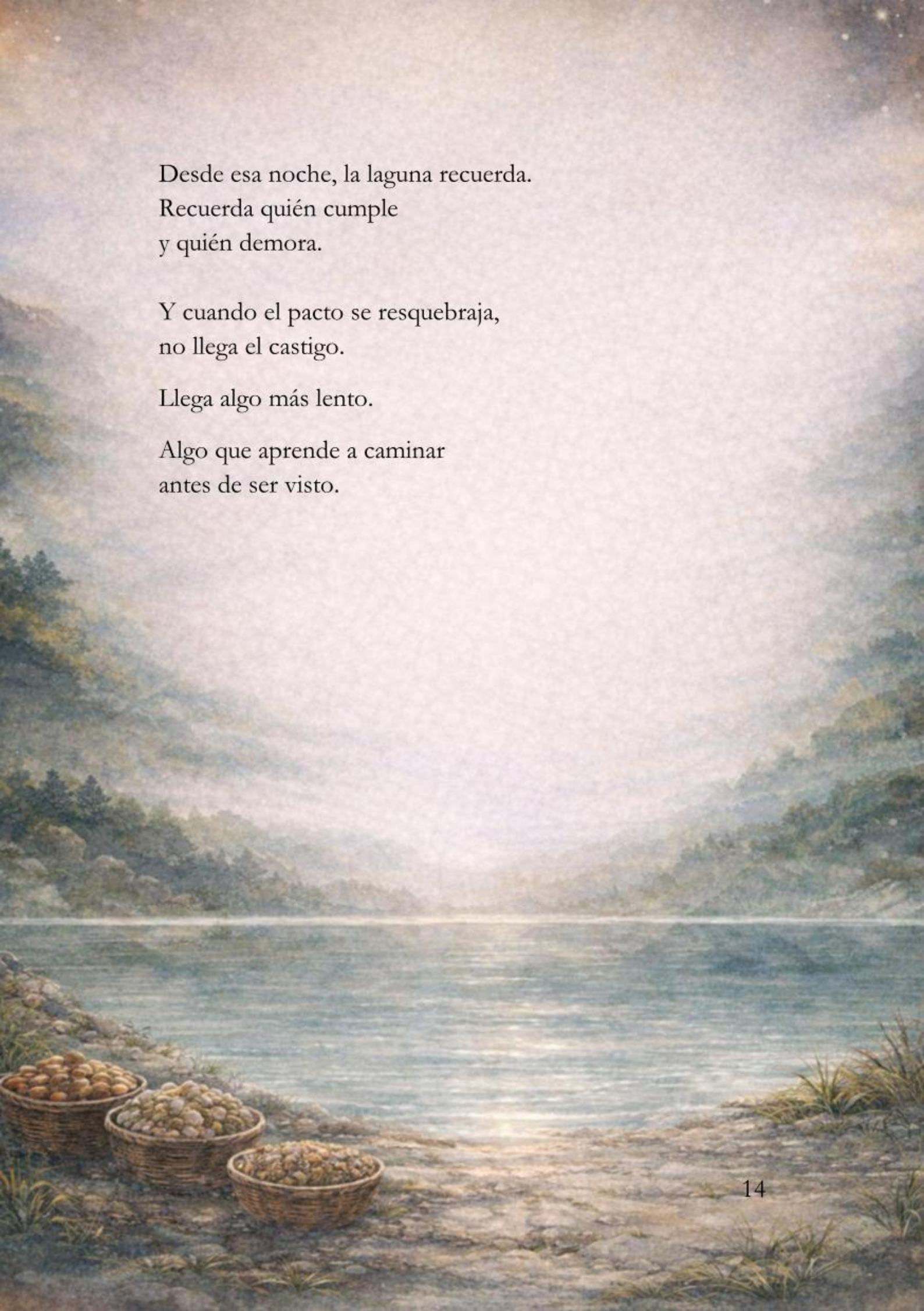
Solo entonces la anciana pronunció su nombre:

*Kana.*

La laguna guardó el nombre.

No lo repitió.



A misty landscape painting of a lake. In the foreground, three woven baskets filled with fruit (possibly apples or pears) sit on a rocky shore. The lake is calm, reflecting the soft light from the sky. The background features rolling hills and mountains shrouded in a thick, ethereal mist. The overall mood is serene and contemplative.

Desde esa noche, la laguna recuerda.  
Recuerda quién cumple  
y quién demora.

Y cuando el pacto se resquebraja,  
no llega el castigo.

Llega algo más lento.

Algo que aprende a caminar  
antes de ser visto.



## Cuando el pacto empezó a gastarse

Los pactos no se rompen.

Se desgastan.

Al principio nadie lo notó, porque no faltaba nada. El maíz seguía creciendo. El agua seguía bajando de la montaña. Las manos seguían sabiendo el gesto del trabajo.

Pero algo empezó a quedarse un poco más adentro.

Fue una cosecha guardada «por si acaso».

No por avaricia.

Por prudencia, dijeron.

Luego, una olla que no se llevó al centro del patio.

—Mañana —dijo alguien—.

Y el mañana aceptó.

Kana creció sin saber que crecía distinta.

No hacía prodigios.

No hablaba con las montañas.

No soñaba más que los otros.

Solo escuchaba cuando los demás hablaban demasiado.

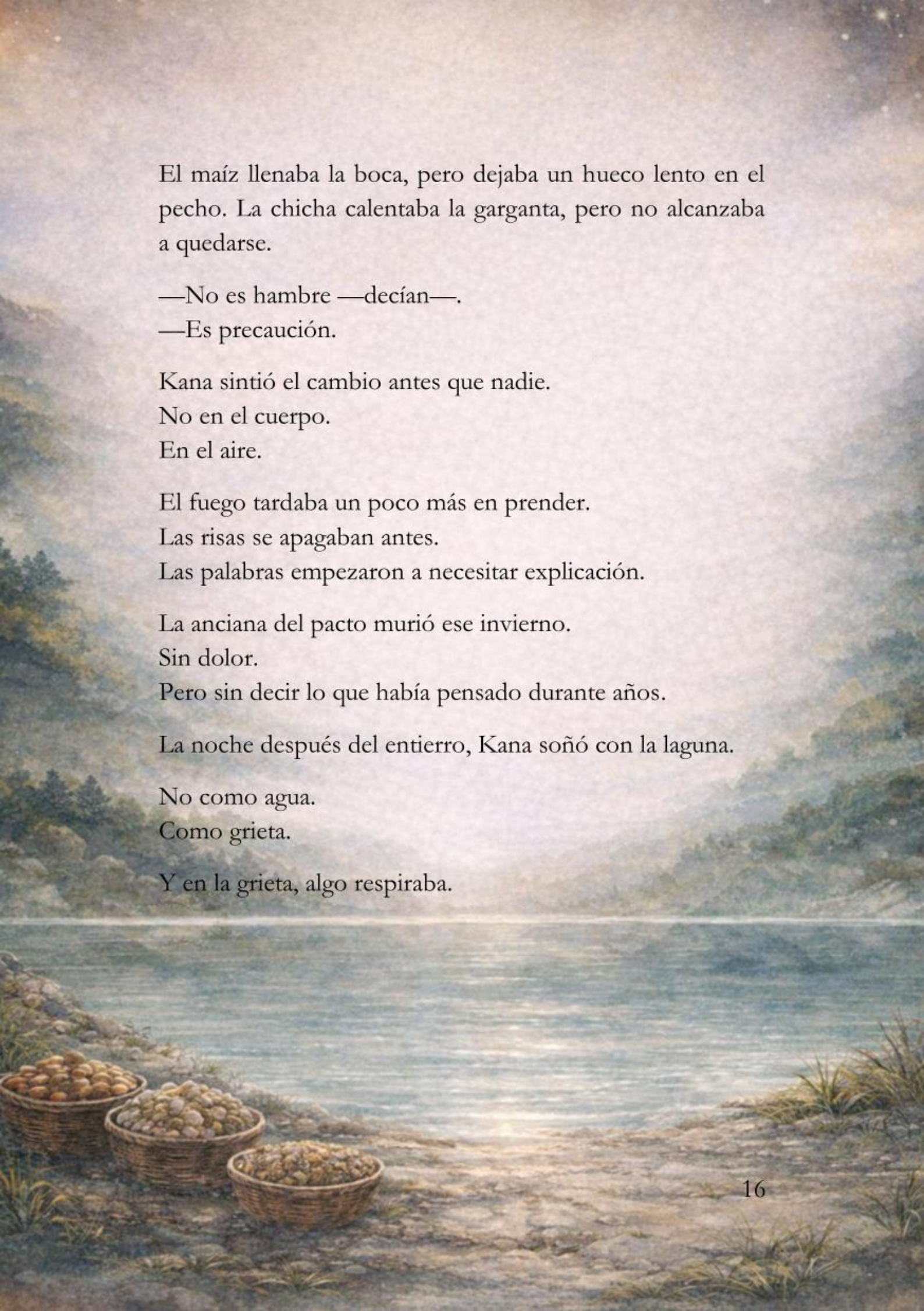
Cuando se acercaba a la laguna, el agua no se movía.

Esperaba.

Como si aún no supiera qué decirle.

Las comidas seguían existiendo, pero no saciaban igual.



A misty landscape painting of a lake with baskets of corn in the foreground. The scene is hazy, with mountains in the background and a calm body of water in the middle ground. In the foreground, three woven baskets filled with golden corn cobs sit on a rocky shore. The overall mood is quiet and contemplative.

El maíz llenaba la boca, pero dejaba un hueco lento en el pecho. La chicha calentaba la garganta, pero no alcanzaba a quedarse.

—No es hambre —decían—.

—Es precaución.

Kana sintió el cambio antes que nadie.

No en el cuerpo.

En el aire.

El fuego tardaba un poco más en prender.

Las risas se apagaban antes.

Las palabras empezaron a necesitar explicación.

La anciana del pacto murió ese invierno.

Sin dolor.

Pero sin decir lo que había pensado durante años.

La noche después del entierro, Kana soñó con la laguna.

No como agua.

Como grieta.

Y en la grieta, algo respiraba.



## El primer gesto que nadie quiso ver

Ocurrió una mañana clara.

No hubo tormenta, ni señal en el cielo.  
Las gallinas caminaron como siempre. El humo subió  
derecho. El día parecía dispuesto a no recordar nada.

Una mujer pidió maíz.

No gritó.

No lloró.

No explicó demasiado.

—Hasta la próxima cosecha —dijo—.

—Solo un poco.

El hombre que tenía el grano no era rico. Tampoco pobre.  
Tenía lo justo. Lo que había aprendido a guardar.

Miró el saco.

Miró el suelo.

Miró alrededor.

—Hoy no —dijo—.

—Mañana, tal vez.

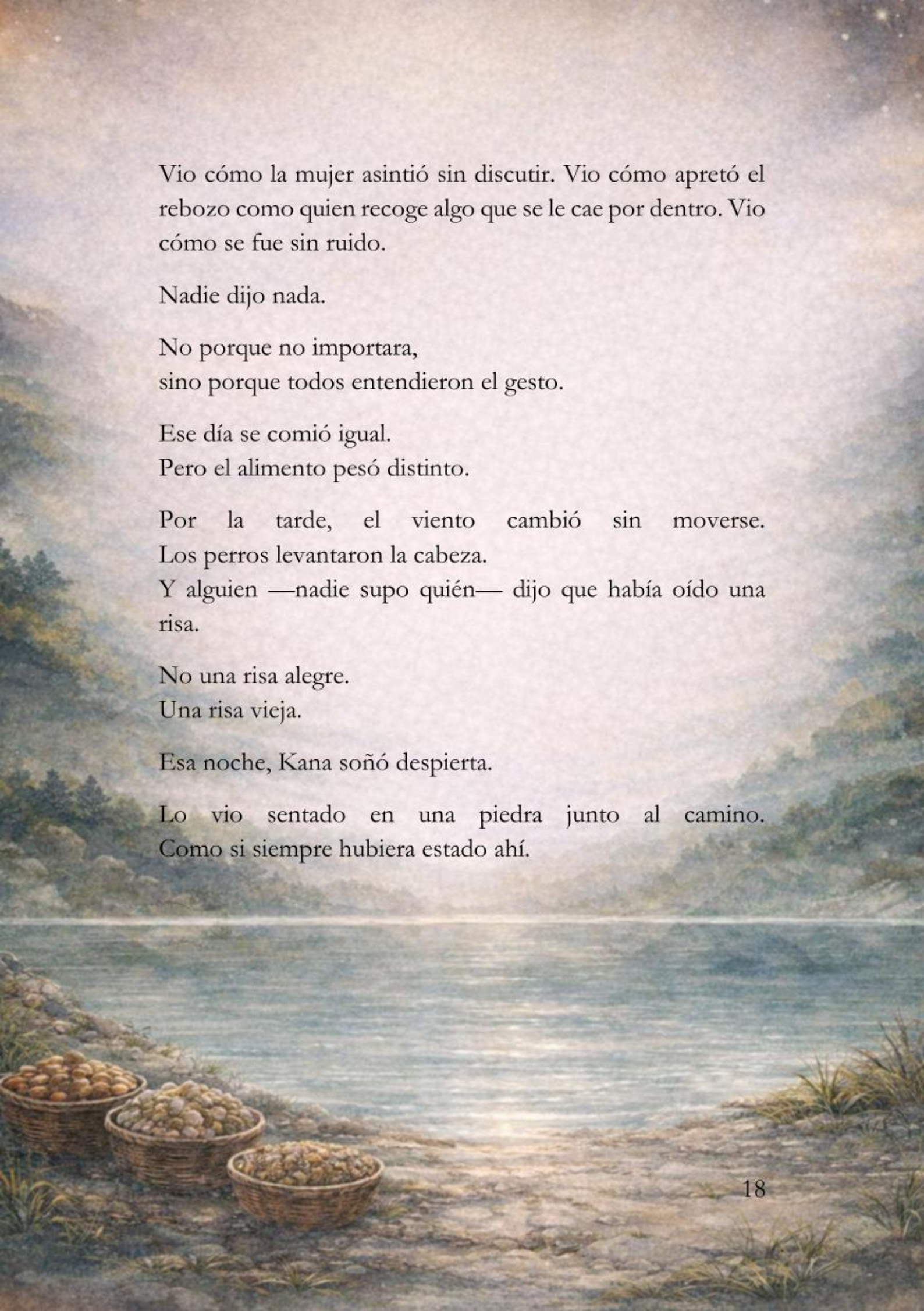
No fue una negativa dura.

Fue cuidadosa.

Tan cuidadosa que nadie la contradijo.

Kana estaba allí.





Vio cómo la mujer asintió sin discutir. Vio cómo apretó el rebozo como quien recoge algo que se le cae por dentro. Vio cómo se fue sin ruido.

Nadie dijo nada.

No porque no importara,  
sino porque todos entendieron el gesto.

Ese día se comió igual.  
Pero el alimento pesó distinto.

Por la tarde, el viento cambió sin moverse.  
Los perros levantaron la cabeza.  
Y alguien —nadie supo quién— dijo que había oído una risa.

No una risa alegre.  
Una risa vieja.

Esa noche, Kana soñó despierta.

Lo vio sentado en una piedra junto al camino.  
Como si siempre hubiera estado ahí.



## El rucuyaya, el viejo que llegó riendo

Nadie lo vio llegar.

Simplemente estaba.

Sentado en una piedra, riéndose como si el mundo fuera una broma que ya conocía.

Tenía la risa rota y los ojos demasiado atentos para alguien que fingía no entender nada.

—Me perdí —dijo—.

—¿En el camino? —le preguntaron.

—No —respondió—. En la gente.

No pidió comida.

No pidió agua.

No pidió nada.

Se quedó.

Bailó sin música. Cantó canciones que nadie recordaba haber aprendido. Los niños lo siguieron. Los adultos lo toleraron.

Kana no rió.

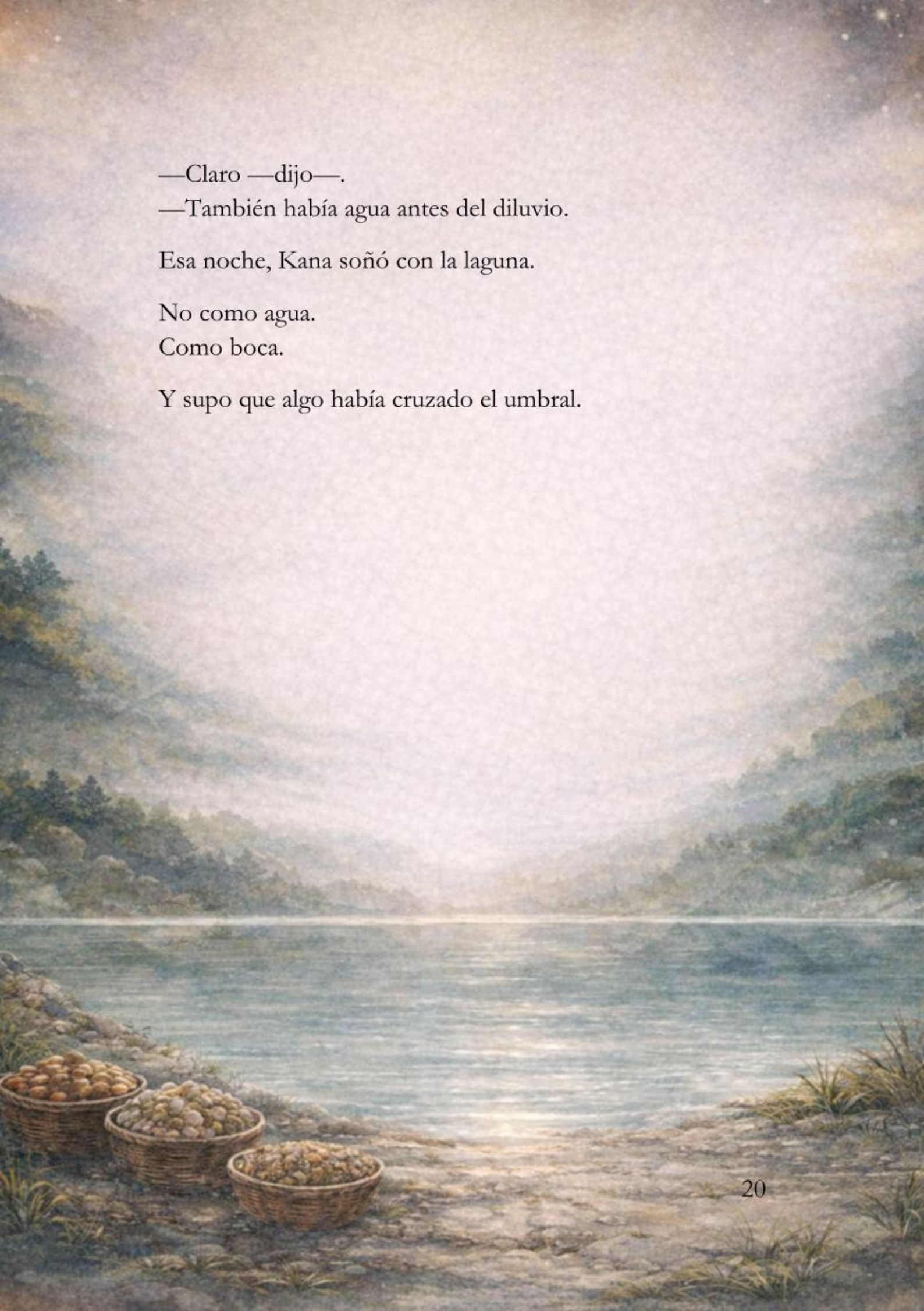
—Tú sí sabes —le dijo una noche, sin mirarla—.

—El hambre ya camina.

—Todavía hay comida —respondió Kana.

El rucuyaya rió más bajo.



A misty landscape painting of a lake. In the foreground, three woven baskets filled with fruit (possibly apples or pears) sit on a rocky shore. The lake stretches into the distance, reflecting the soft light of a hazy sky. The surrounding hills are covered in dense, green foliage, partially obscured by mist. The overall mood is serene and dreamlike.

—Claro —dijo—.

—También había agua antes del diluvio.

Esa noche, Kana soñó con la laguna.

No como agua.

Como boca.

Y supo que algo había cruzado el umbral.



## La noche en que el rucuyaya dejó de reír

Al principio nadie notó el cambio.

El rucuyaya seguía allí, sentado en la piedra junto al camino. La gente pasó a su lado como siempre, con la costumbre de quien ya no se pregunta por qué algo está.

Pero esa tarde no cantó.

No bailó.

No contó historias que nadie recordaba haber aprendido.

Se quedó quieto.

Los niños se acercaron primero.

—¿Estás enfermo? —preguntó uno.

El rucuyaya levantó la mirada despacio. Sonrió apenas. Pero la risa no llegó.

—No —dijo—.

—Estoy lleno.

Nadie entendió.

Kana sí sintió el aire cambiar.

El fuego tardó en encender.

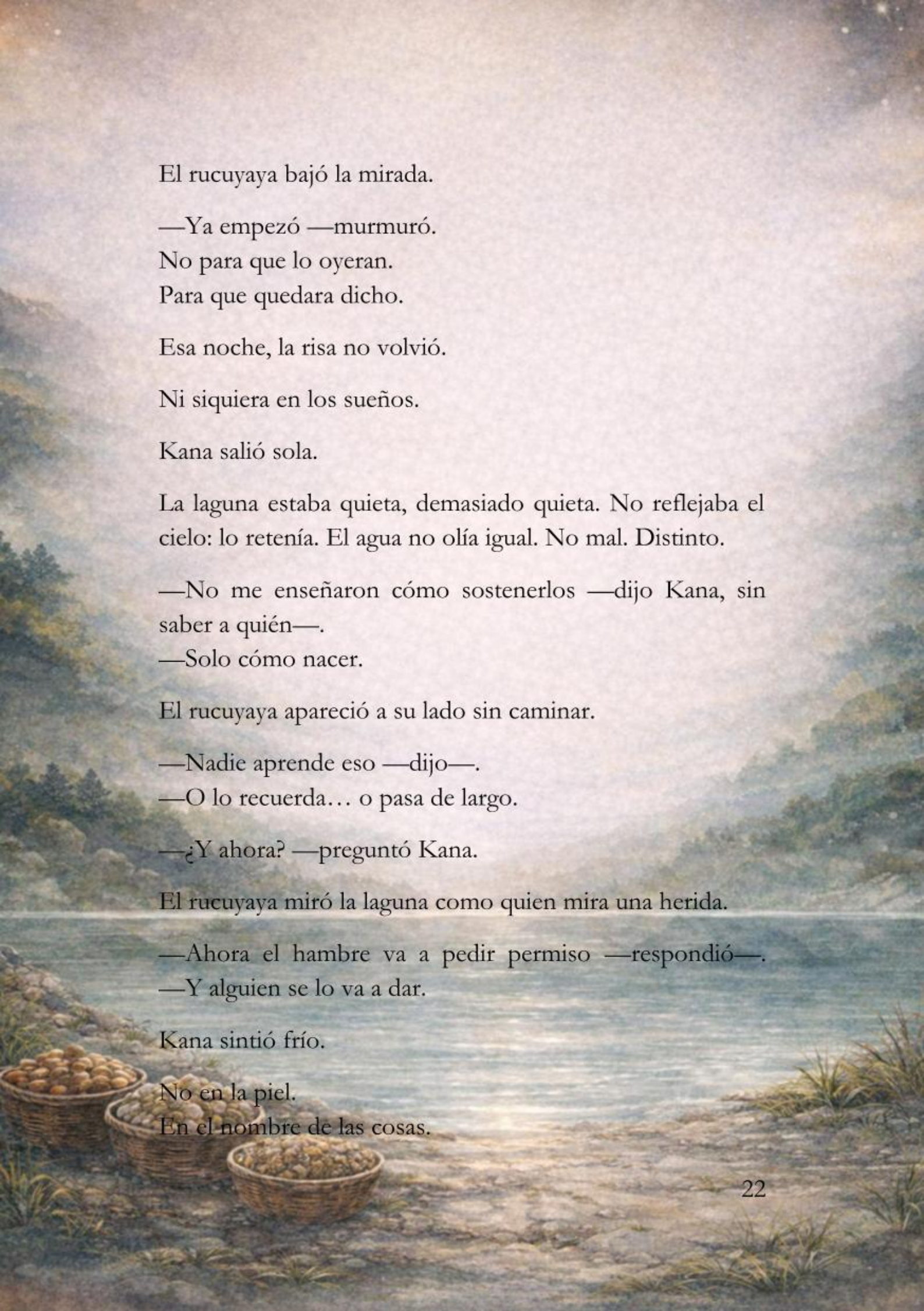
Las ollas hirvieron sin alegría.

La comida estuvo lista, pero nadie tuvo apuro por sentarse.

—Hoy no tengo hambre —dijo alguien, empujando el plato.

La frase cayó como una piedra en el centro del patio.





El rucuyaya bajó la mirada.

—Ya empezó —murmuró.

No para que lo oyeran.

Para que quedara dicho.

Esa noche, la risa no volvió.

Ni siquiera en los sueños.

Kana salió sola.

La laguna estaba quieta, demasiado quieta. No reflejaba el cielo: lo retenía. El agua no olía igual. No mal. Distinto.

—No me enseñaron cómo sostenerlos —dijo Kana, sin saber a quién—.

—Solo cómo nacer.

El rucuyaya apareció a su lado sin caminar.

—Nadie aprende eso —dijo—.

—O lo recuerda... o pasa de largo.

—¿Y ahora? —preguntó Kana.

El rucuyaya miró la laguna como quien mira una herida.

—Ahora el hambre va a pedir permiso —respondió—.

—Y alguien se lo va a dar.

Kana sintió frío.

No en la piel.

En el nombre de las cosas.



## El llamado que no ofrecía refugio

La laguna no llamó con voz.

Llamó quitando cosas.

El canto de los insectos se apagó primero. Luego el viento dejó de rozar el ichu. El agua quedó inmóvil, tan quieta que Kana dudó si seguía siendo agua.

Avanzó hasta la orilla sin querer hacerlo. Cada paso parecía prestado. El miedo no le cerraba el pecho: le aclaraba los sentidos.

—No me mires así —dijo, sin alzar la voz—.

—Yo no rompí nada.

El agua se abrió apenas.

No para recibirla.

Para mostrarle.

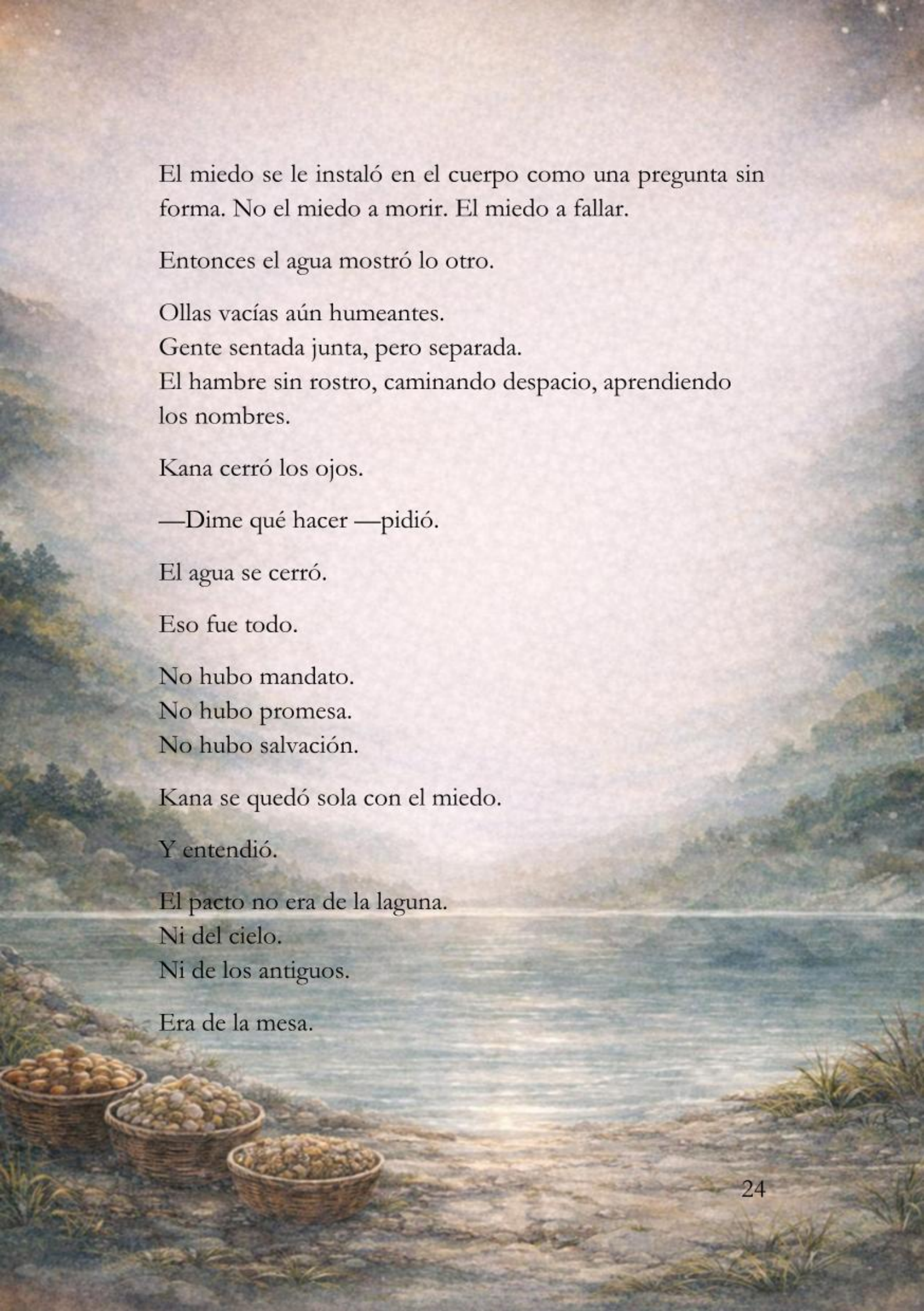
Vio mesas llenas donde nadie compartía. Vio graneros cerrados con cuidado. Vio manos ocupadas contando, no ofreciendo. Vio niños aprendiendo a esperar sin saber por qué.

Retrocedió.

—No soy yo —susurró.

La laguna no respondió.



A misty landscape painting of a lake. In the foreground, three woven baskets filled with golden-brown fruit, possibly apples or pears, sit on a rocky shore. The lake is calm, reflecting the soft light. The background is a hazy, mountainous landscape with trees and a soft glow of light, suggesting a sunrise or sunset. The overall mood is serene and contemplative.

El miedo se le instaló en el cuerpo como una pregunta sin forma. No el miedo a morir. El miedo a fallar.

Entonces el agua mostró lo otro.

Ollas vacías aún humeantes.

Gente sentada junta, pero separada.

El hambre sin rostro, caminando despacio, aprendiendo los nombres.

Kana cerró los ojos.

—Dime qué hacer —pidió.

El agua se cerró.

Eso fue todo.

No hubo mandato.

No hubo promesa.

No hubo salvación.

Kana se quedó sola con el miedo.

Y entendió.

El pacto no era de la laguna.

Ni del cielo.

Ni de los antiguos.

Era de la mesa.



## La noche en que el hambre fue invitada

Kana no avisó al pueblo.

No tocó las caracolas de aviso.

No reunió a los mayores.

No pidió permiso.

Encendió el fuego comunal como se hacía antes, cuando nadie preguntaba por qué.

El fuego tardó en prender. La leña estaba seca, pero se resistía. Kana sopló sin apuro, como si no quisiera asustarlo. Cuando al fin la llama se sostuvo, puso una olla sobre las piedras.

Vacía.

—¿Qué haces? —preguntó alguien desde la sombra.

—Preparar la comida —respondió.

Rieron.

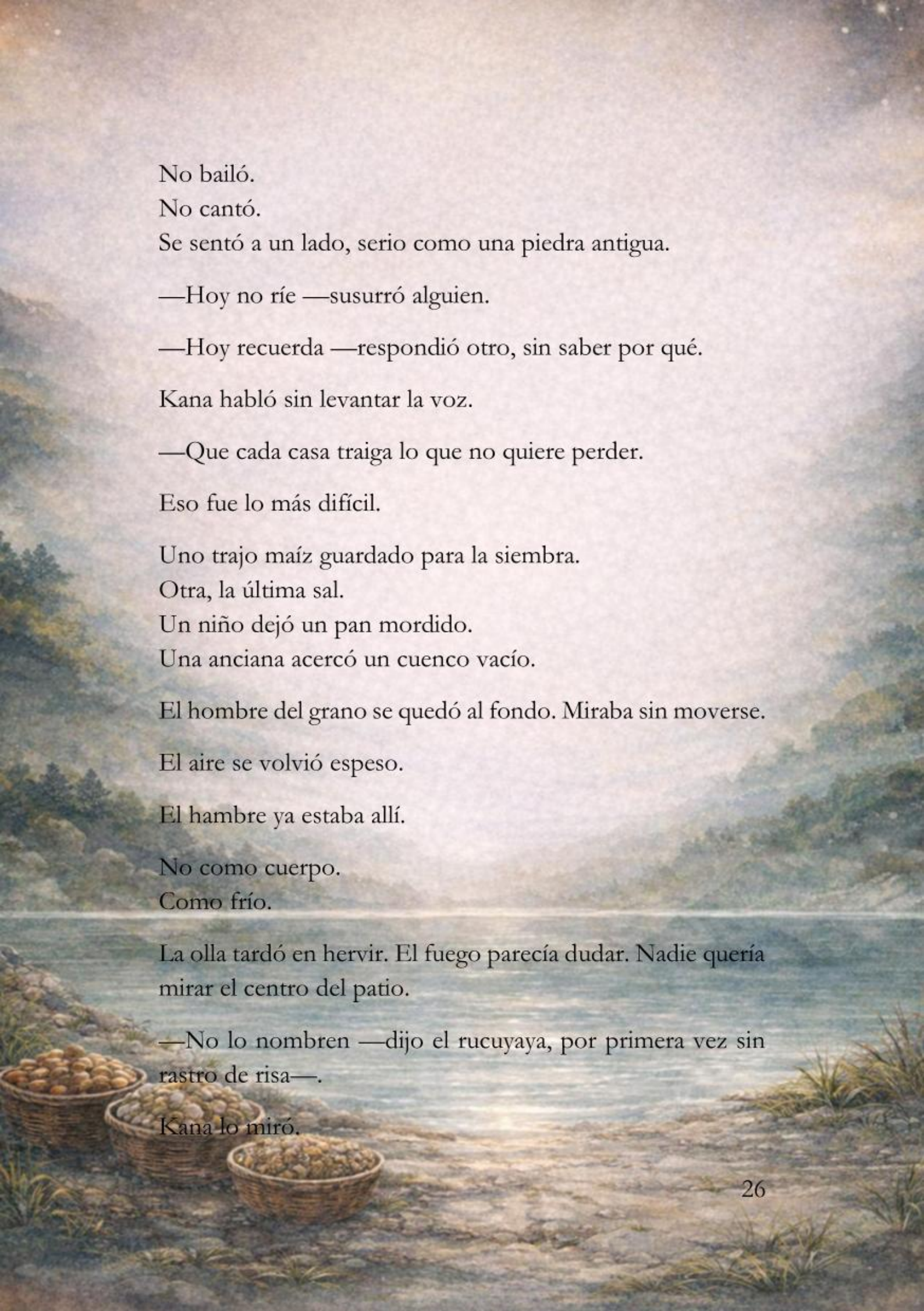
—No hay suficiente.

—Nunca lo hay —dijo Kana—, cuando se empieza contando.

Colocó la mesa al aire libre, mirando al cerro. No era grande. No era pequeña. Era justa. Demasiado justa para todos.

El rucuyaya apareció sin que nadie lo llamara.





No bailó.

No cantó.

Se sentó a un lado, serio como una piedra antigua.

—Hoy no ríe —susurró alguien.

—Hoy recuerda —respondió otro, sin saber por qué.

Kana habló sin levantar la voz.

—Que cada casa traiga lo que no quiere perder.

Eso fue lo más difícil.

Uno trajo maíz guardado para la siembra.

Otra, la última sal.

Un niño dejó un pan mordido.

Una anciana acercó un cuenco vacío.

El hombre del grano se quedó al fondo. Miraba sin moverse.

El aire se volvió espeso.

El hambre ya estaba allí.

No como cuerpo.

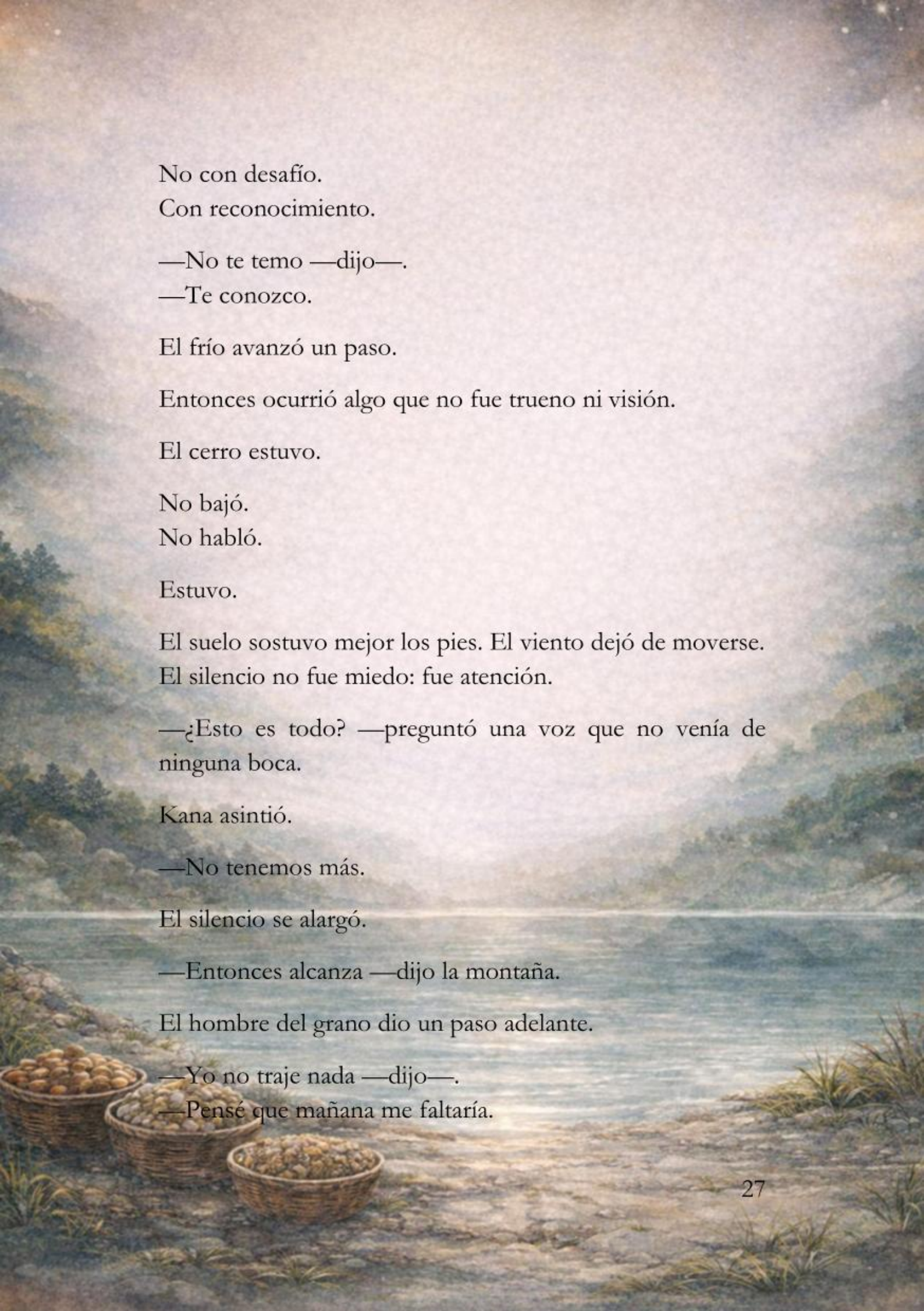
Como frío.

La olla tardó en hervir. El fuego parecía dudar. Nadie quería mirar el centro del patio.

—No lo nombren —dijo el rucuyaya, por primera vez sin rastro de risa—.

Kana lo miró.



A misty landscape painting of a lake and mountains. In the foreground, three woven baskets filled with fruit (possibly apples or oranges) sit on a rocky shore. The background shows a calm lake reflecting the misty, mountainous landscape under a soft, hazy sky.

No con desafío.

Con reconocimiento.

—No te temo —dijo—.

—Te conozco.

El frío avanzó un paso.

Entonces ocurrió algo que no fue trueno ni visión.

El cerro estuvo.

No bajó.

No habló.

Estuvo.

El suelo sostuvo mejor los pies. El viento dejó de moverse.

El silencio no fue miedo: fue atención.

—¿Esto es todo? —preguntó una voz que no venía de ninguna boca.

Kana asintió.

—No tenemos más.

El silencio se alargó.

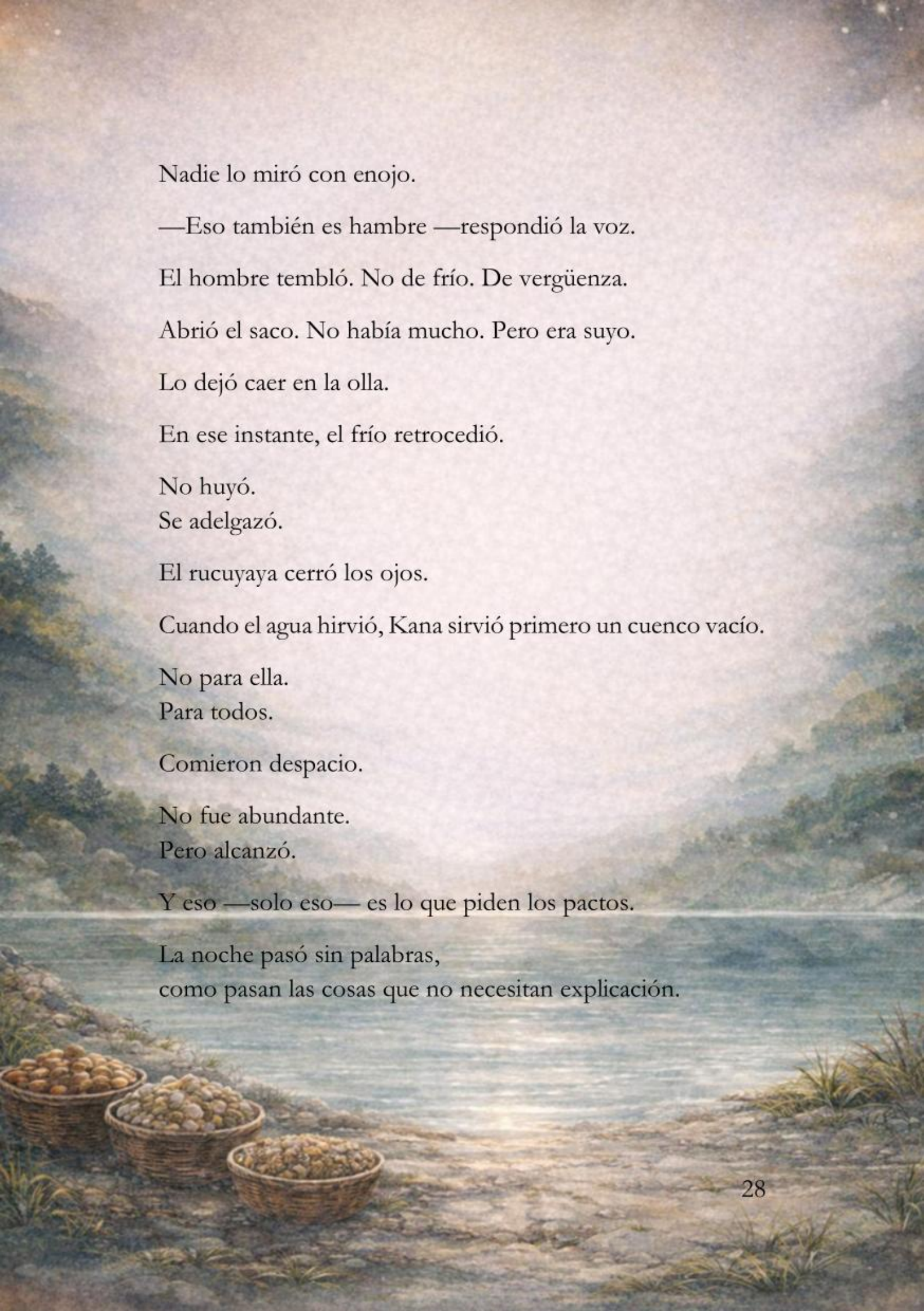
—Entonces alcanza —dijo la montaña.

El hombre del grano dio un paso adelante.

—Yo no traje nada —dijo—.

—Pensé que mañana me faltaría.





Nadie lo miró con enojo.

—Eso también es hambre —respondió la voz.

El hombre tembló. No de frío. De vergüenza.

Abrió el saco. No había mucho. Pero era suyo.

Lo dejó caer en la olla.

En ese instante, el frío retrocedió.

No huyó.

Se adelgazó.

El rucuyaya cerró los ojos.

Cuando el agua hirvió, Kana sirvió primero un cuenco vacío.

No para ella.

Para todos.

Comieron despacio.

No fue abundante.

Pero alcanzó.

Y eso —solo eso— es lo que piden los pactos.

La noche pasó sin palabras,

como pasan las cosas que no necesitan explicación.



## Lo que quedó

A la mañana siguiente  
no hubo huellas.

Pero el agua volvió a tener sabor.  
Las semillas cantaron bajo tierra.

Y nadie volvió a decir «mañana»  
sin pensarlo.

Desde entonces, en Cañar,  
hay quienes recuerdan:

El hambre no se expulsa.

Se sienta.

Se mira.

Y se vence compartiendo.

Cuando la niebla baja en Culebrillas,  
no es amenaza.

Es memoria caminando.


Y si algún día el hambre  
vuelve a aprender a andar,  
no preguntes de dónde viene.

Pregúntate primero  
qué dejaste de poner  
sobre la mesa.







A soft, painterly illustration of a misty landscape. In the foreground, a calm lake reflects the light. In the middle ground, a figure with long, flowing, light-colored hair or a robe stands on the shore, facing away from the viewer. The background features rolling mountains under a sky with soft, warm colors and a single feather floating in the air.

Del agua emergió algo que no era cuerpo.  
No tenía borde ni sombra.  
Se mostró sólo hasta donde debía mostrarse.  
No pidió. No explicó  
por qué había despertado.



Instytut Badań i  
Innowacji w Edukacji